



"en el jardín se cometen crímenes atroces"

—Herbert List

espejos causará risas en lugar de inquietudes.

Por fortuna estos casos extremos de charlatanería son muy raros. La mayor parte prefiere una banca de piedra para contemplar a las hermosas mujeres que nunca se acostarán en su lecho. Filosofía de la resignación y el desencanto: los frutos mejores de la tierra no cuestan nada. Las mujeres son despreciables por difíciles. El gran secreto de la impasibilidad: todo puede ser poseído con la imaginación.

A veces los árboles del jardín parecen cruces en espera de ladrones: es que el solitario sueña con la justicia. La justicia humana sólo conoce un castigo y un premio: la soledad.

Los enamorados son grandes solitarios. Dominan el difícil arte de tomar baños de soledad en la multitud. Se apoderan de una banca o de un prado que ofrece inmunidad diplomática: no podrían estar más solos en el paraíso.

La muerte del amor es la compañía.

El confesor, un amigo muy íntimo y afectuoso, un hijo inoportuno, les abren los ojos a los enamorados. El amor es ciego. El antídoto de la perogrullada es la paradoja: no hay soledad más profunda que la de una pareja.

El jardín es el salvavidas de los que naufragan en la soledad.

El niño y el viejo tienen por común denominador la soledad. La diferencia estriba en que el niño la acepta, como alimento desagradable que debe comer; y el viejo se resigna a ella, como a un mal ineludible. El niño camina al lado de la soledad con pasos de primer día de clase, el viejo se deja arrastrar por ella, como cántaro que ya ha ido muchas veces a la fuente. El jardín ofrece a ambos ilusión de compañía.

Defender la tradición rejuvenece. Despreocuparse es oponer una barrera al tiempo. La ilusión se conquista entre los niños. El abuelo mide la felicidad por el número de nietos.

El niño realiza sus primeros descubrimientos en el jardín. Cada hombre a su vez descubre el mundo, y a su tiempo aprende que debe perderlo. La escala del conocimiento es muy amplia pero mezquina. El niño observa con desilusión la fabulosa y frágil vida de las hormigas. Transportan cargas mucho más pesadas que ellas; pero no resisten la presión un sólo dedito del niño. Un huevo de Pascua vacío no lo entristecería más que la muerte inesperada del insecto. No hay nada tan inesperado y novedoso como la muerte.

El provinciano inadaptado recobra su pueblo en el jardín de la metrópoli.

(Pasa a la pág. 32)

LA PRINCESA MARTA BIBESCO

MARÍA DE CASTRES DE ITURBE me llevó a ver a su amiga la Princesa Marta Bibesco, en el saloncito que la gran escritora tiene sobre el Sena. Había otras personas, dos o tres señoras vestidas de admirantes y el editor de la princesa. Pero el personaje a quien más se le prestaba atención, era sin duda alguna, un lorito verde que tomaba té en la taza misma de la anfitriona. Una vieja sirvienta trajo galletas caseras. El perico revoloteó a su alrededor, picoteó las galletas y finalmente se acurrucó en el cuello de Marta Bibesco. Todas las señoras exclamaron: "¡Pero que bonito perico! Es igual al de su libro, Princesa", *Le Perroquet vert*".

Para llegar a obtener los favores de la Princesa había que obtener primero los favores del lorito, que sin condescendencia alguna no se fijaba más que en la chalina de encaje antiguo que cubría la cabeza de su ama. Todas las señoras llamaban al perico, que no les hacía caso hasta que de repente, y con sorpresa de todos, después de un vuelo de inspección por los aires, el perico se posó sobre mi cabeza encajándose sus garritas puntiagudas...

—¡Ay señorita, mi perico ya la quiso a usted! Hágame todas las preguntas que desee.

Y es así como empecé la entrevista. Como lo podrán ver los lectores Marta

Por Elena PONIATOWSKA

Bibesco es esencialmente eslava ya que sólo los rusos, los polacos, los yugoslavos pueden basarse en la intuición de un animal para determinar su propia confianza. Mi abuelita quiere a las gentes según las quieran sus perros. Si el perro, después de olfatear a una persona, la acepta, mi abuelita, la quiere también. Pero hablemos un poco de esta princesa del Danubio que era prima de la poetisa Anna de Noailles. En su libro "De una idea a la otra", mi abuelo, Andre Poniatowski dice: "Los libros antiguos o científicos que descifro, casi siempre con un lápiz en la mano, me procuran grandes alegrías, pero también profundas lasitudes: entonces, dejando todo el trabajo a un lado, cojo al azar uno de los libros de Marta Bibesco, porque no conozco texto más flúido y cautivador que el de esta Princesa danubiana. Anna de Noailles y Marta Bibesco eran primas. ¿Cómo explicar, en esta misma familia la eclosión simultánea de tales escritoras? Con los Maurocordato, que antiguamente reinaban en Mondavia, sus familias tenían ascendientes comunes. Cuando las dos primas se casaron, estos lazos se hallaron reforzados y peligrosamente unidos, ya que la estrechez del círculo familiar sólo podía

prestarse difícilmente a una tal superabundancia de bienes.

Las dos primas no se quisieron; Anna era agresiva y Marta se contentaba con fingir.

Las dos primas tenían ojos muy bellos. Los de Anna eran legendarios. Pero Marta oponía los suyos efectivamente soberbios; y como era menor que su prima las cosas se complicaban. Anna con su pañuelo extendido tomaba la medida de lo largo de los ojos de su joven prima. "No te muevas, Marta, tengo que darme cuenta." Luego corría hacia el espejo y llevaba la misma medida de los ojos de Marta hacia sus propios ojos. La resonancia de un taconazo sobre el tapete hacia comprender a Marta que había ganado la prueba por varios milímetros..."

Pero dejemos a un lado los pleitos entre Anna de Noailles y Marta Bibesco que mi abuelo describe en su libro. Quizá uno de los personajes más importantes que haya creado la escritora Bibesco, es Catherine Paris... "Catherine Paris", la niña que frecuentaba los museos del brazo de sus dos maestros, uno francés, el otro ruso, uno meticuloso, el otro aventurero... La niña que sabía de memoria todos los versos de Racine, que conocía todos los clásicos, el griego y el latín, los versos de François Villon, de Lamartine, de Ronsard... Nadie conoce París, como

la niña y más tarde la joven, "Catherine Paris" o sea Marta Bibesco...

Los franceses quieren a la Princesa Marta Bibesco, porque escribió esta frase "... París es el único lugar del mundo en donde se puede vivir, siendo infeliz..." Las flores, las anémonas, aman a su dueña Marta Bibesco, porque las coloca, una por una, en diferentes frascos de agua. Cada anémona tiene su florero particular, y puede erguirse sola, diferente a las demás, insolente de plenitud. Los pájaros buscan a Marta Bibesco, y se posan en sus ventanas pidiéndole migajitas de pan. Y el Sena abraza su casa, la rodea con dos brazos a veces lánguidos, a veces vigorosos... Por las noches, todo París, los doce puentes, el agua del Sena, los faroles con su luz amarillenta se precipitan en su departamento, y lo saturan del espíritu de Apollinaire. Y claro, además de los faroles concurren los numerosos admiradores de Marta Bibesco, los lectores, el editor, las personas que vienen a pedirle consejo, los que solicitan que la insigne escritora participe en un festival, o tome la palabra en un homenaje, dicte una conferencia sobre su tema favorito: (¿Chateaubriand, o el Abate Meugnier?); colabore en una emisión de radio y en un programa de televisión. El día en que vimos a Marta Bibesco los venerables señores académicos de la lengua de Bélgica habían venido a decirle que la querían en su honorabilísima compañía. Marta Bibesco tendría que pronunciar en Bélgica, dentro de pocos días su discurso de ingreso: "Queridos consocios..." Ella misma nos dijo sonriendo que se estaba dejando bigotes...

A través de Marta Bibesco ya grande, se ve todavía la niña "Catherine Paris", esta niña maravillada ante todas las calles, todos los monumentos, todas las casas, los viejos libros, los viejos "quais"...

Quizá nadie haya escrito con tanto amor, tanto encanto y fluidez, tanta elegancia y casta, acerca de esta ciudad. Definitivamente, el París valioso es el que describe Marta Bibesco. El París que tiene casta, en donde las casas, las gentes y los objetos saben lo que es la clase y la dignidad humana.

La princesa Marta Bibesco es sin duda una de las mujeres más auténticas de la época, una de esas personas que han sabido conservar la gallardía y el grave encanto de las cosas que fueron. En vísperas de su recepción a la Real Academia de Bélgica, pudo concederme media hora, y hasta me leyó algunos de sus poemas sobre los gatos "Chatteries". Hubiera yo querido preguntarle acerca de Françoise Sagan, acerca del existencialismo, pero en ese salón amueblado con tanto gusto, abrazado por el Sena, mis preguntas me parecieron casi pornográficas. Era preferible escuchar la voz de la escritora al recitar sus poemas. Tiene una de las voces más llenas de sentido que haya yo oído, cálida y rica de inflexiones. Además, Marta Bibesco no tiene nada que ver con nuestro mundo actual. No es moderna y no nos pertenece. Su presencia nos devuelve al mundo de los grandes bailes, de las joyas que se ofrecían como prendas de amor en pequeños estuches de terciopelo, de abanicos y sonrojos; de pestaneos, de amoríos e intrigas que se desarrollaban tras las pesadas cortinas de damasco, todavía stendhalianas... Marta

Bibesco asistía a las grandes recepciones. Su carnet de baile estaba siempre lleno, y sus admiradores no la abandonaban ni cuando ella quisiera tomar una naranjada o ir sobre la terraza a descansar un poco... Marta Bibesco conoció a Proust en un baile y nada me pareció mejor que citar aquí pasajes de su libro: "Un baile con Marcel Proust."

UN BAILE CON MARCEL PROUST.

Encontré a Marcel Proust en un baile. El trató de hablarme, yo hice todo lo posible por no oírlo, y finalmente huí... Sí, huí de Marcel Proust. Mis razones son incomprensibles. Me daba yo como pretexto que a mí me gustaba bailar y que el pobre hombre no bailaba. Pero tengo que confesarlo. Era su presencia la que



La Princesa Marta Bibesco miembro de la Real Academia de la Lengua de Bélgica

me hacía pasar de los brazos de un compañero a otro, y decirle en tono de voz suplicante que no me llevara al sitio, en donde estaba Marcel Proust, lívido y barbudo, el cuello de su abrigo levantado hasta cubrir su corbata blanca. Proust se había colocado de tal modo, entre la sala y yo, que bien puede decirse que quería acapararme para alejarme del resto del mundo ¿Penetraría él los motivos de mi increíble conducta de aquella noche?... Una carta que me escribió un año más tarde, alude a este baile en el que le parecí tan "hostil". ¿Podría él comprender por qué quería yo romper la conversación con él, bailar, alejarme a toda costa? Era porque el escritor despertaba en mí el miedo a lo increíble, lo que no se puede creer. (En efecto, qué extraño encuentro de Proust, ya asmático, con la joven más invitada en París, que bailaba para escapar de sí misma, y escapar de Proust sentado en una pequeña silla dorada, como si surgiera de una pesadilla, envuelto en un abrigo de piel, con el rostro de enfermo, y los ojos que veían en la noche y que ahora la veían a ella, Marta Bibesco maravillosamente bella, flotando en los salones cubiertos de espejos, al ritmo de los vals vieneses.)

"He llamado a todas las puertas que no llevan a nada, y la única por la que se

puede entrar, la que he buscado en vano durante cien años, se abrió, al tropezarme con ella sin saberlo..."

El hombre que escribió esta frase misteriosa tenía las llaves del mundo, al que yo no quise acceder hasta más tarde... (La Princesa Marta Bibesco tenía entonces diecisiete años, y el mundo de Proust fue para ella un universo mágico, constelado de pedrerías.)

"Una larga, una grande, una extrema amistad existía entre mis dos primos, Antoine y Emmanuel Bibesco, Bertran de Salignac Felon, y Marcel Proust, mucho antes de que yo existiera para ellos, y hasta para mí... Yo percibí los últimos rayos de esta amistad, fui la beneficiaria. Llegué la última y recibí mucho más de lo que podía dar. Llegué tarde en un mundo clausurado. Antes de ser admitida en el círculo ya cerrado; me pusieron un bello nombre: "El obrero de la onceava hora..." Este universo en el que Emmanuel y Antoine me habían introducido casi a pesar de mí misma, tenía a París como planeta, y al arte como sol... En él se gravitaba bien acompañada, y se hablaba un idioma inventado, lo que regocijaba mi juventud. El "complot" era uno de los elementos esenciales de esos juegos recreativos que jugábamos en la escuela de la que acababa yo apenas de salir. Tenía diecisiete años. "Los Ocsebib" eran los Bibesco. Lecram el anagrama de Marcel... Para subrayar una verdad decíamos: "sic", y si había que insistir "sicissime". La curiosidad y sus corolarios, la confidencia y la indiscreción eran a la vez la pasión y el verdugo de los cuatro amigos; el objeto de sus pleitos y el elemento de su fusión espiritual, siempre fecunda y siempre renovada... Todas las noches, al regresar del baile, del teatro, de una gran cena, estábamos seguros de encontrar a Marcel en su casa. Marcel, en aquellos tiempos vivía con su padre, en el número 45 de la calle de Courcelles, y nosotros los Bibesco, en el 69. Unas cuantas puertas nos separaban, y solíamos decir: "... Si pasa usted ante nuestro zagán..." De noche, tocábamos dos veces subíamos por la escalera y empezaba el ensueño fabuloso. Era el fuego de artificio dentro de una mina de esmeraldas." Marcel sabía todo decía Antoine, "y su espíritu iluminaba los tesoros..."

En esos tiempos, para Marcel Proust, ya prisionero de su mal, mis primos eran los agentes proveedores de sueños del exterior; volvían y arrojaban hacia Proust, imágenes e ideas; salían mientras él se quedaba; vivían mientras él pensaba en la vida... Esto no sucedía sin unos cuantos reproches de parte de aquél que permanecía en casa. Muchas veces se lamentaba, se quejaba de que lo abandonaran sobre "su ribera" para ir en el mundo en la sociedad, esa sociedad que amaba y que odiaba a la vez, pero de la que necesitaba para nutrir su creación..."

Cuando se casó la Princesa Bibesco, no conocía a casi nadie en París. Sus estancias en la ciudad eran breves, y siempre amenazadas por una partida rápida, ya que a su suegra (La Condesa Valentine Marie Henriette de Caraman Chimay, Princesa de Baufremont, y Princesa Georges Bibesco), no le gustaba París, desde la caída del primer imperio, y prefería vivir en el campo, con su nuera, en el Valle de Comarnici. Los dos primos de Marta,

Emmanuel y Antoine, trataban que las breves estancias de Marta en París fueran como un viático para hacer llevaderos sus once meses de aburrimiento en el campo.

"Emmanuel —dice Marta Bibesco— poblaba la soledad de mi juventud con libros nuevos. Y también dentro de lo que le era posible me presentaba a los autores de las obras leídas. Es así como conocí al André Gide del *Inmoralista* y de *La puerta estrecha*, al Tristán Bernard del *Romand d'un jeune homme rangé*, a Jacques Emile Blanche, a Jacques Copeau, a Leon Blum, a Henri Bernstein. Yo no era más que la prima de mis primos, y había otras mucho más conocidas que yo. Anna de Noailles y Hélène de Crimay."

La Princesa Bibesco que tan modestamente declara que tenía dos primas mucho más importantes que ella, es la autora de un libro tan bonito como el de

Selma Langerloff. Su "Isvor ou le pays des saulnes" sus conversaciones con el famoso Abate Meugnier; su vida disfrazada dentro de la novela "Catherine Paris", hacen de ella sin duda alguna, una de las más distinguidas escritoras actuales.

Rumanía ese país lejano y misterioso, unido a nosotros por la latinidad ha dado a letras francesas algunos de sus nombres ilustres: Hélène Vacaresco, Anna de Noailles (nacida Princesa Brancovan) y muy recientemente, Cioran y Eugene Ionesco, pero entre todos ellos nosotros tenemos especial predilección por la Princesa Bibesco cuyos libros maravillosos nos han llevado a los encantadores paisajes de Isvor y a los mejores escenarios urbanos de París. Marta Bibesco es una lectura que recomendamos a todos aquellos que aman la interpretación poética del mundo.

no ha sido jamás posible separar los miembros de dos grupos basándose en la capacidad mental, como sí puede hacerse en la religión, el color de la piel, forma del cabello o lenguaje". (Mi traducción).

Que prevalezcan nociones populares de diverso género en el asunto que tocamos es tema para la conversación, el periódico, o el departamento de antropología social de una Universidad. Que rijan la conducta de ésta, o de los estudiantes, es bien triste. No hay necesidad de extenderse más sobre ello.

En Inglaterra, como en todas partes, existen, en mayor o menor grado, según circunstancias que no estoy capacitado a valorizar, momentos en los que las "nociones populares" a las que hace referencia la Declaración de 1952, se encuentran más o menos generalizados. Ello sucede fuera del ámbito de la Universidad. Un caso ocurrido a fines del año pasado, y al que, como es natural dentro de una Universidad no se le dió ninguna publicidad, fue el siguiente.

Un ciudadano británico de apellido Myer que en su tiempo estudió en la Universidad de Cambridge, dejó al morir una fuerte suma que pasó a manos de su viuda. Esta al fallecer recientemente quiso honrar y eternizar la memoria de su difunto esposo, para lo que testó a favor de dicha Universidad y bajo la administración del Colegio de San Juan, al que en vida asistiese su marido, un fondo de sesenta mil libras (aproximadamente \$ 2,100.000 pesos) para becar, en el campo de la medicina, estudiantes de "ascendencia anglosajona", especificando que no deberían ser negros ni judíos.

La Universidad ha rehusado recibir dicho fondo.

Es agradable poder señalar, no obstante, que la American Association of Physical Anthropologists condenó formalmente en 1951 las medidas adoptadas por el Consejo Directivo de la Universidad de California como "Violación de los Derechos de Libertad y Mantenimiento Académicos". Recientemente (junio, 1955) se negó a participar en la reunión de la American Association for the Advancement of Science, en Atlanta, Georgia, porque en este Estado existe discriminación racial.

ENTORNO A

Misión de la Universidad

(Dos conceptos)

"... Representantes de las cinco razas de la tierra. El europeo, con su barba; el indio, el negro, el amarillo y el norteamericano ..."

De 'Amor de Don Perlimplin con Belisa en su jardín'.
F. G. Lorca.

MUCHO SE HA escrito, y bastante divagado sobre problemas raciales. Las dificultades legislativas con que tropieza el poder federal en los EE. UU., han servido en unas ocasiones para explicar, en otras para disculpar, y en muchas para escudar hechos que ocurren en territorio norteamericano y que entran, en primera instancia, bajo la jurisdicción estatal. Como "aventura del pensamiento" me pierdo al querer imaginar a qué límites publicitarios y quizá medidas internacionales no hubiese llegado el gobierno norteamericano, y muchas de sus instituciones, si, dentro de los confines de otra nación, existiesen preceptos legales que permitiesen situaciones como las que con tanta frecuencia se producen en los EE. UU. El caso de Alabama hace unos meses, y el actual de Tennessee constituyen sólo un ejemplo más.

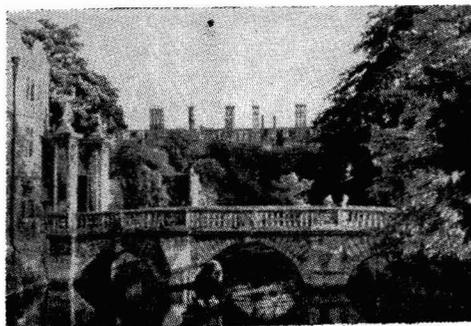
Sin embargo, el tema es muy amplio y únicamente quiero tocar un punto.

Muchas discusiones suscitó la Declaración del Concepto de Raza (1950), hecha bajo los auspicios de la UNESCO, por contener afirmaciones y generalizaciones que no eran sostenibles, *sensu stricto*. De la nueva Declaración que apareció en 1952 extraigo los siguientes párrafos: 4... "Es más, hasta donde ha sido posible analizarlas, las diferencias físicas estructurales que distinguen un grupo de otro no apoyan la noción popular de una 'superioridad' o 'inferioridad' general, a veces implícita al hacer referencia a dichos grupos". (Mi traducción y subrayado) 5... "Estudios dentro de los límites de una sola raza muestran que tanto la capacidad innata como las oportunidades que el medio ofrece, de-

MISS AUTHERINE LUCY

Por Santiago GENOVES

terminan los resultados obtenidos en pruebas de inteligencia y temperamento, aunque su relativa importancia no está bien dilucidada."... "De cualquier manera



El puente y el Colegio de San Juan



Colegios y Facultades de la Universidad de Cambridge.